

LAS GUERRAS  
PÚNICAS

## *Temas de Historia Antigua*

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE

---



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

# LAS GUERRAS PÚNICAS

Pedro Barceló



EDITORIAL  
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**  
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Pedro Barceló

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono: 91 593 20 98  
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-240-4  
Depósito Legal: M-2.683-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

# ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN .....	9
<b>1. ANTECEDENTES: ROMA Y CARTAGO. ANALOGÍAS Y DIFERENCIAS. ....</b>	<b>13</b>
1.1. <i>El sistema político y constitucional. ....</i>	13
1.2. <i>Evolución histórica de Roma y Cartago .....</i>	22
1.3. <i>Relaciones romano-cartaginesas anteriores a las guerras púnicas .....</i>	28
<b>2. LA PRIMERA GUERRA PÚNICA. ....</b>	<b>33</b>
2.1. <i>Anatomía de un conflicto: causas de la primera guerra púnica .....</i>	33
2.2. <i>Ambiciones desmesuradas: Roma interviene en Sicilia. ....</i>	37
2.3. <i>Guerra terrestre, guerra marítima .....</i>	38
2.4. <i>Estancamiento del conflicto .....</i>	41
2.5. <i>Desenlace. ....</i>	43
2.6. <i>Consecuencias de la derrota de Cartago .....</i>	46
2.7. <i>Revolta de los mercenarios. ....</i>	48
2.8. <i>Nuevas perspectivas geopolíticas .....</i>	53
<b>3. PREPARANDO LA PRÓXIMA GUERRA. ....</b>	<b>59</b>
3.1. <i>Los bárquidas en Hispania .....</i>	59
3.2. <i>El tratado de Asdrúbal .....</i>	65
3.3. <i>Aníbal al frente de la empresa hispana de Cartago. ....</i>	72
3.4. <i>En torno a Sagunto .....</i>	74
3.5. <i>Causas de la segunda guerra púnica .....</i>	80

<b>4.</b>	PROLEGÓMENOS DEL CONFLICTO .....	89
	4.1. <i>Estrategias contrapuestas</i> .....	89
	4.2. <i>Camino de Roma</i> .....	95
 <b>5.</b>	 LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA .....	 101
	5.1. <i>Las primeras victorias de Aníbal</i> .....	101
	5.2. <i>Ofensiva ideológica</i> .....	108
	5.3. <i>Guerra en el corazón de Italia</i> .....	117
	5.4. <i>El gran enfrentamiento</i> .....	120
	5.5. <i>Después de Cannas</i> .....	125
	5.6. <i>Extensión del conflicto</i> .....	130
	5.7. <i>Roma gana terreno</i> .....	136
	5.8. <i>El punto de inflexión</i> .....	141
	5.9. <i>Guerra en el norte de África</i> .....	148
	5.10. <i>Capitulación</i> .....	155
 <b>6.</b>	 EXCURSO: LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA EN HISPANIA .....	 159
	6.1. <i>Establecimiento del dominio romano</i> .....	159
	6.2. <i>Aceleración de la guerra</i> .....	163
	6.3. <i>Reacción de los pueblos hispanos ante una guerra ajena</i> .....	169
 <b>7.</b>	 CONSECUENCIAS DE LA DERROTA DE CARTAGO .....	 173
	7.1. <i>Final del dominio cartaginés en Occidente</i> .....	173
	7.2. <i>Aníbal en Cartago: estadista y reformador</i> .....	176
 <b>8.</b>	 LA TERCERA GUERRA PÚNICA .....	 185
	8.1. <i>Motivos de la intervención romana en el norte de África</i> .....	185
	8.2. <i>Asedio y extinción de Cartago</i> .....	190
	8.3. <i>Imperialismo romano</i> .....	198
 <b>SELECCIÓN DE TEXTOS</b>	 .....	 205
	<i>Texto 1</i> .....	205
	<i>Texto 2</i> .....	206

## Índice

---

<i>Texto 3</i> .....	209
<i>Texto 4</i> .....	210
<i>Texto 5</i> .....	212
<i>Texto 6</i> .....	213
<i>Texto 7</i> .....	214
<i>Texto 8</i> .....	215
<i>Texto 9</i> .....	216
<i>Texto 10</i> .....	217
<i>Texto 11</i> .....	217
<i>Texto 12</i> .....	218
CRONOLOGÍA .....	221
BIBLIOGRAFÍA .....	225

# 2

## LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

---

### *2.1. Anatomía de un conflicto: causas de la primera guerra púnica*

Los motivos que conducirán al estallido de la primera guerra púnica (264-241 a. C.) se derivan en buena manera de la compleja situación geopolítica reinante en Sicilia durante el primer tercio del siglo III a. C. Esta se caracteriza por las pretensiones de Cartago, que trata de imponer su dominio sobre la mayor parte del territorio insular desde sus asentamientos occidentales, y el afán de la ciudad griega de Siracusa por controlar la parte oriental de la disputada isla. A ello se añade un nuevo actor que en cierto modo agudiza notablemente la tensión subyacente: la aparición de unas bandas de mercenarios campanos conocidos como mamertinos (hijos de Marte), que acaban de asentarse en Mesina por la fuerza, aniquilando a gran parte de la población local.

La rivalidad entre los nuevos señores de Mesina y el tirano Hierón de Siracusa, temeroso de perder su ambicionada hegemonía en la mitad oriental de la isla, provoca una serie de sangrientas acciones bélicas. En la batalla de Longano (269 a. C.), Hierón puede imponerse a los mamertinos que, desde



este momento y para garantizar su supervivencia en la isla, se ven forzados a implorar el auxilio de un aliado solvente capaz de protegerlos frente al acoso de Siracusa. Los mamertinos se inclinan por solicitar ayuda a Cartago, tradicional enemiga de Siracusa, su secular competidora por el control de la isla. Sin embargo, paralelamente surge una corriente de opinión alternativa, partidaria de reclamar la ayuda de Roma, que ya dominaba la orilla septentrional del estratégico estrecho de Mesina. Este conflicto local en una zona neurálgica, donde casi se rozan Sicilia y la península itálica, preludiará el inicio de las hostilidades. Al final, los mamertinos se deciden por involucrar a Roma en sus querellas, la cual, en caso de aceptar tal requerimiento, deberá romper sus compromisos de no agresión con Cartago, al intervenir en su tradicional área de influencia, Sicilia.

La razón de la arriesgada decisión tomada por Roma de inmiscuirse en el minado escenario insular, hay que buscarla en la estructura social de la pujante *nobilitas* romana. Este grupo de insaciables políticos persigue continuamente un *plus ultra* en su imparable proceso de expansión, orquestado en torno a una dinámica imperialista y sus ilimitadas ambiciones. La clase dirigente romana exige nuevos éxitos tras ampliar, en apenas una generación, su dominio a toda la península itálica, después de haber derrotado a los aguerridos pueblos samnitas de los Apeninos, sus más serios rivales y haber podido repeler la agresión de Pirro. Pero aparte de los argumentos netamente políticos y militares existen otros factores de peso.

La extensión del dominio romano incorpora, a lo largo del siglo III a. C., a cierto número de familias de terratenientes procedentes del sur de Italia (especialmente de Campania), al estamento dirigente de la República romana, que no ven con malos ojos la propuesta mamertina. Es de suponer que se crea entonces una suerte de *lobby* a favor del intervencionismo en el conflicto siciliano. A los motivos políticos se añaden los intereses comerciales de una clase enriquecida mediante el proceso de expansión en Italia y con notables intereses en ultramar. Son estos grupos de presión los que influyen al Senado romano a participar en los asuntos sicilianos. Los intereses contrapuestos de este grupo romano-campano respecto a las pretensiones de la aristocracia comercial púnica, que durante siglos había podido operar a sus anchas en las costas del mar Tirreno, provocan que las zonas de influencia acordadas entre Cartago y Roma generaciones antes queden obsoletas

ante el creciente apetito económico de la competencia romano-itálica. A ello se suma la creciente ambición política de Roma que, según todo parecer, no muestra excesivos reparos en intervenir militarmente más allá de su ámbito continental.

Para sondear las causas reales del conflicto nada mejor que acudir al relato que nos proporciona el historiador griego Polibio (1, 10) que, partidario de los romanos por convicción, detalla los antecedentes de la primera guerra púnica de la siguiente manera:

Los romanos dudaban sobre la postura a adoptar. Pues dado que poco antes sus propios ciudadanos habían sido castigados por traicionar a los de Regio, el querer ayudar ahora a los mamertinos que habían hecho lo mismo, no sólo contra Mesina sino contra Regio, constituía una inconsecuencia inexcusable. No ignoraban ciertamente nada de esto; pero viendo que los cartagineses tenían bajo su mando al África y a muchas partes de Hispania y que además eran los dueños de todas las islas del mar Sardo y Tirreno, recelaban de que si también se adueñaban de Sicilia, iban a tener unos vecinos muy poderosos que les cercarían y amenazarían Italia por todas partes [...] Tampoco el Senado se atrevió a otorgar la ayuda solicitada (por los mamertinos) [...], fue la asamblea del pueblo a propuesta de los cónsules la que, ante la expectativa del botín que la guerra pudiera proporcionar, decidió prestar la ayuda solicitada.

De este crucial testimonio se puede colegir que la causa real de la intervención romana en Sicilia es el afán de lucro que se adueña de los comicios romanos al seguir la iniciativa del cónsul Apio Claudio Cándex, ansioso en dirigir una campaña militar en suelo siciliano. Ese supuesto cerco al que parece haber estado sometida la península itálica, como insinúan las citadas líneas de Polibio cuando mencionan los avances cartagineses en todos los frentes, desde África e Hispania a las islas del Mediterráneo central, parece a todas luces un argumento fuera de lugar y que no se corresponde con la situación de la política internacional que reinaba entonces, es decir, durante la década de los años sesenta del siglo III a. C. Puede pensarse que Polibio relata esta circunstancia influido por el fantasma del bárquida Aníbal, pese a que los hechos que aquí se enumeran, se insertan en los años anteriores al 264 a. C. Cuando estalló la primera guerra púnica, el célebre

estratega cartaginés, que mucho más tarde pondrá en jaque a Roma, aún no había nacido.

Se puede observar en este contexto una prematura instrumentalización de la figura de Aníbal, una de las muchas de las que será objeto en el futuro. La realidad histórica tiene poco que ver con el escenario construido por la propaganda romana, que refleja aquí Polibio, que, en el fondo, es bastante consciente de que las verdaderas causas del conflicto van bastante más allá de los pretextos aludidos. Y es que todo apunta a que los romanos sienten la necesidad de escenificar una convincente estrategia propagandística para blanquear su intervención en Sicilia. Esta dista mucho de estar justificada. Además, contraviene flagrantemente las actuaciones y pactos anteriores suscritos por Roma. Por eso, la postura romana debe presentarse ante la opinión pública como una especie de intervención militar preventiva para desvirtuar la supuesta conspiración cartaginesa orquestada contra Roma. De ahí que se propague que es Cartago la que está provocando la respuesta de Roma al estrechar un cerco capaz de asfixiarla y que Roma no tiene otro remedio para sofocar la peligrosa situación que la amenaza que defenderse atacando.

Hay que cuestionarse cuáles son los móviles de los romanos para prestar ayuda a los mamertinos, sobre todo cuando queda fuera de duda que con su intervención en Sicilia se provoca un inevitable conflicto con Cartago. Al buscar respuestas adecuadas al callejón sin salida en el que se adentra Roma, no se pueden obviar las ansias expansionistas de su élite senatorial: su irrefrenable ambición y avidez por añadir nuevas posesiones ultramarinas a su ya consolidada hegemonía sobre Italia. Todos estos motivos conducirán a la clase dirigente de Roma a lanzarse a la aventura siciliana. Sus aspiraciones de adquirir fama, gloria, cuantiosos botines y nuevas zonas de influencia territorial influyen más que la cautela que habría requerido una desapasionada valoración de la situación. Visto desde una óptica institucional también podemos suponer que la política romana no quiere dejarse imponer limitaciones de su radio de acción y pretende, ante todo, mantener su capacidad de maniobra sin restricciones, aunque eso llevara consigo el riesgo de una guerra con el antiguo aliado. A estas consideraciones se añade que a lo largo del siglo III a. C. varias familias dirigentes de Campania se abren paso hasta el Senado romano. Constituyeron un poderoso e influyente bloque de opinión dispuesto a disputar el usufructo del comercio siciliano a la aristocracia cartaginesa.

## 2.2. *Ambiciones desmesuradas: Roma interviene en Sicilia*

A inicios del año 264 a. C., se movilizan dos legiones para ser enviadas a Sicilia. Se trata de la primera intervención armada fuera del suelo itálico. La pregunta clave es si los romanos están en condiciones de abastecer por vía marítima un dispositivo militar que operará lejos de sus bases logísticas. La tarea se presenta hartamente difícil, en vista del potencial de la armada adversaria. Los cartagineses no solo disponen de barcos mejor equipados, sino también de una mayor experiencia en el ámbito naval. La idea que nos transmite Diodoro (*Biblioteca histórica* 23, 1, 2) de que los romanos ni siquiera podrían lavarse las manos en el mar Tirreno sin el permiso de la marina púnica indica la desproporción existente entre ambos dispositivos navales, en el momento de estallar las hostilidades. Pero esto no constituye para los romanos un serio impedimento. Acostumbrados a acometer tenazmente arduas tareas militares en situaciones adversas y escenarios bélicos difíciles, tienen plena confianza en su capacidad operativa, que esperan emplear a fondo para vencer rápidamente a los que se oponen a su avance. Que la prevista intervención militar, temporalmente limitada, en un escenario ultramarino desconocido, se llegara a prolongar tanto hasta convertirse en una ardua y feroz lucha, extremadamente dilatada, no formaba parte ni de los cálculos de Roma ni de Cartago.

A pesar de que a través de los autores antiguos, especialmente Polibio, podemos seguir en grandes líneas las peripecias de la primera guerra púnica, la información disponible es mucho menor que la que tenemos sobre la segunda guerra púnica que, debido a su extrema espectacularidad, a la notoriedad de sus protagonistas y a sus seculares consecuencias, acaparará desde el primer momento la atención de los múltiples autores antiguos que se dedican a describirla.

En la primavera del año 264 a. C. acontece un hecho histórico novedoso, cuando, por primera vez, las tropas romanas parten de la tierra firme continental para acometer una aventura de incierta duración y, por supuesto, plena de riesgos. Se abren, de pronto, toda una serie de incógnitas sobre la viabilidad de esta nueva política expansionista romana, orquestada al margen de sus experimentados parámetros conceptuales, y tan lejos de sus habituales bases operativas y de aprovisionamiento. El mayor interrogante es si los ro-

manos podrán mantener a la larga un frente en ultramar, dada la potencia y la capacidad de reacción e intervención de la marina cartaginesa, la más temible de todas las que por entonces surcaban las aguas del Mediterráneo occidental.

En la cuenta de haber de los romanos se puede consignar su extraordinario tesón y su facilidad de adaptación a situaciones y elementos novedosos, así como una enorme flexibilidad en el momento de acometer sus objetivos. Pese a los contratiempos iniciales, los romanos se adaptan rápidamente a la guerra marítima e, improvisando una flota, llegan a causar serios quebraderos de cabeza a la experimentada marina de guerra púnica. En el curso de esta frenética carrera por mantener y conquistar los resortes de poder de Sicilia desempeñará un papel crucial el potencial económico romano, su extenso *hinterland* agrícola, las considerables reservas demográficas de la península itálica y otros aspectos en los que Roma supera con creces a Cartago. La conjunción de dichos elementos adquirirá el suficiente peso para poder marcar el ritmo de la contienda, y a la larga resultará determinante para la resolución del conflicto.

### 2.3. *Guerra terrestre, guerra marítima*

El inicio de las hostilidades se produce de forma rápida y casi inesperada (264 a. C.). Mediante un contingente militar al mando de Hannón, Cartago hace acto de presencia en la fortaleza de Mesina, ateniéndose a la petición de ayuda de los mamertinos, con el fin de evitar la amenazante conquista de la ciudad por parte de Hierón de Siracusa, que la está sitiando. Entre tanto, una avanzadilla romana se planta ante las murallas de Mesina y, sin que se produzcan acciones bélicas de mayor envergadura, consigue desalojar a las formaciones púnicas que optan por retirarse, lo que representa un sensible descalabro para los intereses cartagineses en el noreste de la isla. Mientras persiste el asedio de Mesina por parte de los siracusanos, los cartagineses destacan una flota a la zona del estrecho para bloquear el acceso a las tropas romanas que pretendían infiltrarse en la isla y, al mismo tiempo, intentan apoderarse de la ciudad. Pero no pueden impedir el desembarco de las fuerzas itálicas al mando del cónsul Apio Claudio Cándex en el litoral oriental siciliano. Estas logran disuadir a los siracusanos a que cesen en su empeño y levanten el cerco de Mesina (Huss, 1993: 151-154).

Dada la enérgica actitud de Roma de implicarse firmemente en la campaña siciliana y ante el incisivo acoso por parte de las legiones del cónsul Apio Claudio Cáudex, Hierón, que no quiere arriesgarse a emplearse a fondo contra el temible enemigo, opta por retirarse a Siracusa. A partir de este momento mantendrá formalmente una postura neutral en el conflicto, que en la práctica se revelará de gran utilidad para los intereses de Roma.

El siguiente año (263 a. C.) un potente ejército romano que consta de cuatro legiones dirigido por los cónsules Marco Valerio Mesala y Marco Otacilio Craso desembarca en Sicilia. Se concluye un tratado de amistad con Hierón de Siracusa que en el futuro apoyará las acciones bélicas de sus nuevos aliados, suministrando apoyo logístico y grano a los ejércitos itálicos que, a partir de ahora, ya no cesarán de operar en el escenario insular.

Después de afanzarse en el noreste de la isla, un nuevo ejército romano al mando de los cónsules Lucio Postumio Megelo y Quinto Mamilio Vítulo se dirige en el año 262 a. C. hacia Agrigento, una de las más populosas ciudades sicilianas, por aquel entonces bajo el dominio púnico. La ciudad está protegida por una fuerte guarnición a las órdenes de Asdrúbal. Después de agrupar una notable concentración de efectivos, las legiones romanas ponen cerco al importante enclave estratégico, obligando a los cartagineses a batirse sin tregua para mantener el control sobre el litoral meridional de la isla. En el transcurso de varios infructuosos intentos de asedio, un poderoso ejército cartaginés al mando de Hannón desembarca en Eraclea Minoa, al norte de Agrigento. Su misión es obligar a las legiones de los cónsules Postumio y Mamilio a levantar el cerco de la ciudad.

Al cabo de una serie de encarnizados encuentros, donde en el bando púnico, al lado de tropas de infantería, se alinean importantes destacamentos de caballería, e incluso elefantes de guerra, los romanos, merced a la combatividad de sus legiones, logran por una parte dispersar las unidades de refuerzo cartaginesas y luego consiguen derrotar a la guarnición púnica que protege la disputada ciudad. Después de siete meses de una incesante pugna entre dos frentes, los romanos conquistan Agrigento, que a continuación será saqueada y sus habitantes vendidos como esclavos. A pesar del revés sufrido, los cartagineses logran evacuar a gran parte de sus tropas del teatro de operaciones. Una vez concluidas las acciones bélicas, el victorioso ejército romano se retira a los cuarteles de invierno de Mesina a descansar y preparar las próximas campañas (261 a. C.) .

Los combates librados ante las murallas de Agrigento constituyen la operación militar de mayor envergadura llevada a cabo en el marco de una confrontación bélica que ya entra en su tercer año de duración, sin que con ello se perfilase una clara supremacía de los hasta ahora vencedores en el frente siciliano, ya que el desgaste sufrido por ambas partes es considerable (Goldsworthy, 2002: 87-97). A pesar del afianzamiento de Roma en Sicilia, Cartago sigue ejerciendo el control del extremo occidental de la isla y su flota constituye un serio obstáculo para la futura estrategia de guerra romana.

Desde el inicio de las hostilidades la armada cartaginesa no cesa en acosar las costas itálicas, protagonizando correrías en territorio enemigo. Su intención es entorpecer las actividades bélicas romanas y minimizar así el flujo de tropas que se debían encaminar hacia Sicilia. A partir de la pérdida de Agrigento esta estrategia se potenciará a través de renovadas y enérgicas incursiones en suelo itálico, con el fin de desviar la atención de Roma del escenario bélico siciliano. Pero Roma no tarda en reaccionar ante un peligro, cada vez mayor, que amenaza el suministro logístico de sus legiones que permanecen acuarteladas en suelo siciliano.

El alto mando romano llega a la conclusión de que la única manera de batir a su enemigo es privarle de su predominio marítimo. Por estas fechas, Roma, cuya trayectoria militar había transcurrido hasta entonces básicamente en los campos de batalla itálicos, se encuentra en franca desventaja frente a Cartago en todo lo concerniente a la navegación y al mar. Conscientes del enorme desafío que este cambio de estrategia supone, los romanos construyen su primera gran flota. Logran botar de sus improvisados astilleros, al tiempo que reclaman el concurso de sus socios itálicos, más de un centenar de embarcaciones que en breve están listas para entrar en combate.

Sorprendentemente Roma se adapta rápidamente a las circunstancias que impone la conducción de una guerra marítima. Posiblemente como una forma de compensar su inexperiencia, y para poder hacer uso de las tácticas militares terrestres en el mar, los romanos equipan sus nuevas naves con un artefacto denominado *corvus* que consiste en una especie de puente móvil que se deja caer a la embarcación enemiga, quedando firmemente anclado gracias a unos garfios de hierro, situados en su parte inferior. Una vez que las naves se inmovilizan mutuamente, los legionarios romanos abordan el barco enemigo. Merced a su superioridad numérica y experiencia combativa logran imponerse regularmente a la mucho más débil infantería púnica.

La eficacia de este nuevo sistema de abordaje quedará patente por vez primera en la batalla de Milas que se salda con una espectacular victoria romana, en la que los navíos del cónsul Cayo Duilio sorprenden y derrotan a la legendaria flota cartaginesa (260 a. C.), hecho memorable, logrado por una potencia terrestre.

Esta estrategia continuará demostrando su vigencia en los años siguientes, y en especial en el combate naval en torno al cabo Écnomo, sinónimo de la más notable victoria marítima de Roma. Las innovaciones romanas obligan a Cartago a revisar sus tácticas militares, lo que proporcionará durante algún tiempo indudables ventajas operativas a Roma. Más adelante, y en la medida que la experiencia naval de Roma se va incrementando, el uso del *corvus* será abandonado por suponer un importante lastre en la capacidad de maniobra de sus barcos (Goldsworthy, 2002: 122-128).

No obstante los éxitos obtenidos y los reveses sufridos por ambos bandos, desde principios de la década de los años cincuenta a. C., el conflicto entre Roma y Cartago por la posesión de Sicilia y el control de sus mares circundantes languidece y pierde fuelle y convicción. Ningún contrincante es capaz de conseguir un avance decisivo. La guerra entra en una fase de desgaste que genera altos costes y desolación. En tierra firme las legiones romanas logran cosechar importantes victorias en Palermo y en la región central siciliana. Sin embargo, no pueden evitar la consolidación de una cabeza de puente en el extremo occidental de la isla, donde los cartagineses logran hacerse fuertes, creando un baluarte militar inexpugnable.

## 2.4. *Estancamiento del conflicto*

Con el objetivo de superar la relativa parálisis de un enfrentamiento que se desarrolla en múltiples y limitados escenarios locales y regionales, poco propicios para inclinar la balanza a favor de una de las partes implicadas, Roma decide tomar una nueva y arriesgada iniciativa para ganar la guerra. Reúne una enorme flota para asegurarse el control de las costas sicilianas y sardas y moviliza un cuantioso ejército de invasión con el fin de desviar la guerra del frente siciliano y llevarla hasta las mismas puertas de Cartago. En el año 256 a. C. una respetable armada de 330 naves comandada por el cónsul Marco Atilio Régulo toma rumbo desde la costa adriática hacia África. Tras



bordear el sureste y sur de la península itálica, las naves romanas plantan combate a una flota cartaginesa en las proximidades del cabo Écnomo en el sur de Sicilia (Goldsworthy, 2002: 129-135). Otra vez la victoria vuelve a sonreír al lado romano, permitiendo al ejército de Marco Atilio Régulo desembarcar sin mayores impedimentos en el litoral africano. Allí se dedicará a saquear una región que, dado su enorme potencial agrícola y su proximidad a la gran metrópoli enemiga, es de suma importancia para el abastecimiento de Cartago.

En un principio las fuerzas de Régulo operan venturosamente, avanzando en el feudo enemigo, ganando terreno a los cartagineses y poniéndolos en serios apuros. Tras vencer a los púnicos en la batalla de Adís, estos se ven forzados a solicitar negociaciones de paz ante la inminente amenaza de ser asediados. No obstante, las desmesuradas exigencias de Régulo frustran la conclusión de un acuerdo que ponga fin a las hostilidades. Visiblemente impactados por la avidez romana, los cartagineses reanudan las actividades bélicas contra los invasores, pero no sin antes reforzarse sustancialmente. Reclutan un potente ejército de mercenarios y confieren el mando de las operaciones en territorio africano al experimentado líder militar espartano Jantipo. Este singular personaje reorganiza primero las formaciones cartaginesas. Las adapta a las exigencias tácticas necesarias para poder medirse con éxito con las legiones romanas. Una vez concluida la fase de preparación, lanza a su tropa contra las fuerzas romanas, venciendo a Régulo en la llanura del río Bágradas (255 a. C.). En esta decisiva batalla, Jantipo utiliza inteligentemente los cien elefantes de los que dispone, consiguiendo así abrir grandes brechas entre las filas enemigas que, desmoralizadas, sufren una importante derrota. Lo más memorable del contraataque cartaginés es que el propio Atilio Régulo cae prisionero de Cartago (Huss, 1993: 161-162). Además, Jantipo logra cortar las comunicaciones entre los restos del ejército de Régulo y sus bases de aprovisionamiento, restableciendo así la supremacía terrestre y naval púnica a lo largo de la costa norteafricana.

A pesar del percance sufrido, fruto de una estrategia temeraria, Roma reacciona inmediatamente enviando una cuantiosa flota en auxilio de los supervivientes con el fin de trasladarlos a Italia. Aunque las embarcaciones romanas consiguen romper el bloqueo y evacuar a sus legionarios, una gran tormenta acaba destruyendo la práctica totalidad de la flota en su camino hacia casa. Los restos del derrotado ejército romano serán pasto del impla-

cable mar. No es la primera vez que las inclemencias del tiempo, y de la naturaleza, infligen severas pérdidas a la marina romana. Pero a pesar de todo, y paradójicamente, en el campo de batalla naval los romanos cosechan más victorias que sus versados enemigos marítimos. Solo podemos consignar aquí una excepción. El enfrentamiento naval más notable que se salda con una indiscutible victoria cartaginesa acontece en el año 249 a. C. y su escenario es las inmediaciones del puerto de Drépana.

El cónsul romano Publio Claudio Pulcro, comandante de la flota que opera en aguas sicilianas, se prepara en las cercanías de Drépana para entrar en combate con la armada del almirante cartaginés Adérbal (Geuss, 1994: 9-10). A fin de cumplir con sus obligaciones religiosas antes de iniciar las hostilidades, el cónsul ordena administrar a los pollos sagrados la comida prescrita para obtener, después de su consumo, el esperado augurio favorable, que le motivara a acometer el desafío. Pero entonces sucede lo inesperado. Los animales se niegan a ingerir el alimento, lo que en sí mismo ya es un mal presagio que habría tenido que incitar al cónsul a abandonar su plan de combate. Pero no sucede tal cosa. Impaciente e irritado por las complicaciones surgidas, Publio Claudio Pulcro pasa por alto los reparos religiosos y pronuncia la funesta frase, aludiendo a los animales sagrados, “echadlos al mar para que beban, ya que no quieren comer” (Valerio Máximo, *Dichos y hechos* 1, 54).

Como cabe imaginar, el resultado de la batalla se muestra totalmente nefasto para la marina romana. Publio Claudio pierde más de cien embarcaciones. Muchos miles de hombres sucumben durante la pelea (Goldsworthy, 2002: 138-144). La batalla naval librada ante el puerto de Drépana representa para Roma una de las mayores catástrofes de la guerra, causada, según la opinión generalizada, por la impía actitud del almirante romano. A su regreso a Roma se le pedirán responsabilidades no tanto por su incapacidad militar, sino más bien por el sacrilegio cometido, que según los contemporáneos es el verdadero motivo de la aparatosa derrota.

## 2.5. *Desenlace*

El último capítulo de la primera guerra púnica se escribirá en el escenario marítimo siciliano. A partir del año 243 a. C. Roma intensifica sus esfuerzos

armando de nuevo una enorme flota, con la que espera asestar un golpe letal a Cartago. Dado que las arcas públicas del Estado están vacías, se pide la colaboración de la parte más hacendada de la ciudadanía, que costea los gastos de la construcción de casi trescientas embarcaciones, así como su respectivo equipamiento. Se esperaba resarcirse con creces respecto a la inversión efectuada gracias al botín del enemigo, una vez alcanzada la victoria sobre la flota púnica.

Bajo el mando del enérgico cónsul Cayo Lutacio Cátulo, la nueva armada romana formada por un experimentado y aguerrido contingente militar toma rumbo hacia la punta occidental de Sicilia. El plan concebido pretende cortar los suministros de las tropas cartaginesas, que bajo el mando de Amílcar Barca resisten en el triángulo delimitado por las ciudades de Lilibea (la moderna Marsala) y Drépana y obligarlos así a abandonar sus posiciones en Sicilia. La flota romana ocupa previamente las islas Égates. Desde allí puede ejercer un férreo control sobre el disputado espacio marítimo. Cartago, por su parte, se ve obligada a reaccionar, mandando una flota a la punta occidental de Sicilia para socorrer a las formaciones de Amílcar, las únicas que todavía mantienen la presencia militar cartaginesa en el campo de batalla siciliano (Huss, 1993: 157 ss.). En marzo del año 241 a. C. se produce el previsto enfrentamiento que finaliza con una clara victoria de las armas romanas. Es la última y decisiva batalla de una guerra que ya duraba casi toda una generación y que obligará a los restos del ejército púnico a retirarse de Sicilia y solicitar la paz (Goldsworthy, 2002: 144-149).

Según se alarga la contienda como *tour de force* de una duración en principio imprevista para los cartagineses, que siempre habían confiado resolverla mediante un par de golpes de audacia, basados en su poderosa flota, los cuantiosos recursos de Roma y su capacidad de resistencia marcarán la diferencia. Tras más de veinte años de conflicto y vencidos en su propio elemento en el que suponían que tenían todas las probabilidades de ganar, los cartagineses pierden la guerra sin remisión. La consecuencia más relevante será el cambio de destino de Sicilia, la opulenta Trinacria de los griegos, verdadero granero del Mediterráneo, caída ahora en manos de Roma, al verse el invicto ejército de Amílcar obligado a desalojar la isla. La Sicilia occidental pasará a engrosar las posesiones territoriales de la República romana.

La decisión que al final zanja la guerra se produce en el mar, y, contra todo pronóstico, será Roma la beneficiada. A pesar de los muchos retrocesos y derrotas sufridas, los romanos, dotados de una excepcional capacidad de regeneración, se adaptan con asombrosa rapidez a una forma de guerra para ellos novedosa que se desarrolla en un elemento hasta entonces desconocido. En última instancia, sus embarcaciones sellan la derrota de la gran potencia rival. Sin embargo, no hay que olvidar que son ante todo los mayores recursos de Roma los que determinaron el ritmo de la contienda y su resultado. Su superioridad demográfica, la mayor cuantía de sus reservas y su terca obstinación en concluir venturosamente el reto acometido se revelarán insuperables para los cartagineses. Completamente desencantados, después de veinte años de penalidades, se ven obligados a reconocer que Sicilia, la perla de sus posesiones ultramarinas, es simplemente insostenible frente al incesante acoso de Roma.

En cierto modo, la disputada confrontación bélica que tantos sacrificios había exigido a ambas partes, parece haber terminado de un modo súbito e inesperado, casi se puede decir de forma abrupta, si se contempla la reducida beligerancia que ofrece Cartago en su fase final. La llama de esta excesivamente larga contienda se apagará por el agotamiento de Cartago, visible en su escasa capacidad de resistencia después del revés sufrido en las islas Égates.

El abandono de Sicilia constituye para Cartago un descalabro inesperado y una amarga experiencia difícil de digerir. La resolución del conflicto cambia radicalmente los paradigmas tradicionales de la política exterior púnica. Los cartagineses se ven obligados a abandonar su preciada posesión insular que tantos esfuerzos había costado mantener durante siglos (Le Bohec, 1996: 39-55). En consecuencia, Sicilia se convierte en la primera provincia ultramarina romana.

Una de las claves de la victoria romana sobre Cartago reside en las diferentes relaciones jurídicas que imperan en sus respectivas áreas de influencia. Mientras que la ciudad del Tíber aparece arropada por un amplio núcleo de socios y aliados que le prestan constantemente soporte militar, la metrópolis norteafricana, ubicada en un territorio hostil y rodeada por pueblos oprimidos y en consecuencia potenciales enemigos, poco podía esperar, salvo problemas, de su *hinterland*. Las repercusiones directas de la guerra se pue-

den rastrear a través del tratado de Lutacio, llamado así por Quinto Lutacio Cátulo, el general romano al que se encargaron las negociaciones de paz. Polibio (3, 27) nos trasmite sus principales cláusulas, resaltando:

Los cartagineses deben evacuar toda Sicilia y las islas que hay entre Italia y Sicilia. Ambos bandos se comprometen a respetar la seguridad de sus respectivos aliados. Nadie puede ordenar nada que afecte los dominios del otro, que no se levanten edificios públicos en ellos ni se recluten mercenarios, y que no se atraigan a su amistad a los aliados del otro bando. Los cartagineses pagarán en diez años dos mil doscientos talentos y abonarán al momento mil. Los cartagineses devolverán sin rescate todos sus prisioneros a los romanos.

Poco después de finalizar la guerra, la disputa política interna estalla en Cartago con inusitada vehemencia. Se forman grupos antagónicos, que se achacan mutuamente la responsabilidad de la derrota. A raíz de estos enfrentamientos surgen diversas alternativas políticas. Súbitamente, el necesario proceso de renovación se ve abruptamente interrumpido. Con la retirada de las tropas púnicas del campo de batalla siciliano y su repatriación al norte de África empiezan los auténticos problemas. El ejército cartaginés está formado en su mayoría por variopintas agrupaciones de mercenarios. Durante años han prestado fieles servicios a la causa cartaginesa, contribuyendo de manera esencial al mantenimiento de la posición de poder de Cartago en Sicilia. En cumplimiento de sus obligaciones habían sufrido grandes privaciones para conseguirlo. Al terminar la guerra, exigen la soldada acordada, aún pendiente de pago. Pero la actitud titubeante y mezquina de los negociadores que Cartago delega para resolver el problema, lejos de crear distensión, contribuye aún más a avivar un conflicto que amenaza poner en serios apuros a la metrópoli norteafricana.

## *2.6. Consecuencias de la derrota de Cartago*

El devastador enfrentamiento entre Roma y Cartago había generado durante casi una generación (264-241 a. C.) una implacable guerra de desgaste en cuyo transcurso la antigua cooperación romana-cartaginesa se transforma en una declarada enemistad. Como ningún otro acontecimiento pretérito, el

resultado de la primera guerra púnica significa para Cartago una inasumible modificación del mapa político de la época. Tras haber tenido que entregar una gran parte de la flota, asumir el pago de un cuantioso tributo y retirarse de Sicilia dejando paso a Roma, Cartago pierde su privilegiada posición político-económica en la cuenca del Mediterráneo central (Polibio 1, 62 ss.).

En el bando opuesto, Roma queda extraordinariamente fortalecida mediante la anexión directa a su dominio de las posesiones púnicas sicilianas, a las que luego añadirá el control de las islas de Cerdeña y Córcega. Aparte de las consecuencias económicas, pues el erario de la República romana y los recursos del estamento dirigente experimentan un notable incremento, la anexión conlleva una repercusión política enorme con vistas a la posterior evolución de la arquitectura territorial del Mediterráneo occidental. Para organizar la administración de las nuevas adquisiciones, se opta en un principio en designar a un cuestor, asentado en Lilibea, cuya función es recaudar los cuantiosos tributos provenientes de Sicilia. Desde el año 227 a. C., una vez que Córcega y Cerdeña se integran en el área de influencia de Roma, se delegarán pretores en calidad de gobernadores para afianzar el dominio de la región (Livio, *Historia de Roma* 22, 35; 32, 27, 6).

Mediante estas medidas, adoptadas en principio al hilo de las recientes conquistas de la victoria, se forja y adquiere carta de naturaleza una férrea y compleja administración provincial que, en sus fundamentos y herramientas básicas, permanecerá invariable a lo largo de los siglos. De ahí se deriva la estructura territorial del Imperio universal de Roma. Del mismo modo que el éxito en la guerra contra Pirro de Epiro confirma definitivamente la posición de supremacía romana sobre la península itálica, el final de la primera guerra púnica y el aplastamiento de la competencia cartaginesa representan la *grande entrée* de la República romana en el escenario de la política internacional.

La potencia itálica se convierte de pronto en un actor político tan inesperado como imprescindible. Merced al poder de intimidación de sus armas, cava raíces allí donde llega para quedarse, enseñoreándose paulatinamente de toda la cuenca mediterránea, con esa mezcla de pragmatismo, audacia y falta de escrúpulos que la caracteriza. Una buena prueba de la importancia del conflicto armado romano-cartaginés es que, después de la victoria romana, se establecerán relaciones diplomáticas entre la República romana y las monarquías helenísticas, que a partir de ese momento empiezan a considerar a la nueva potencia occidental como un interlocutor de su nivel, digno de